

Esto es para todos

Por el mes de diciembre del 2014 sufrí un accidente: trabajaba en un taller de motocicletas y una cuatrimoto cayó sobre mi estómago, provocándome una hernia que requirió una intervención quirúrgica de emergencia.

Después de mi estadía en el hospital, me regresé a mi pueblo y mi hija me miró triste y me dijo: “¡La vida nos ha dado la espalda!, ahora te encuentras incapacitado y sin trabajo”. A lo que yo respondí: “¡Oportunidades siempre hay en la vida!”. Precisamente, en la plaza principal había leído una convocatoria del INE en la que solicitaban capacitadores para el proceso electoral, vencía en cuatro días.

Le afirmé a mi hija que ese puesto era para mí y que trabajaría con ellos, lo haría en la comunidad más alejada del municipio. Ella me contestó: “¡Lo dices por hacerme sentir bien!” y soltó a reír, “En tan poquito tiempo, dudo que logres recopilar la documentación y prepararte para concursar”.

Pasó el tiempo, presenté el examen y quedé en tercer lugar municipal; tras la entrevista me contrataron como CAE, me capacité y me asignaron exactamente la localidad que yo quería y otra un poco menos retirada.

El escepticismo de mi hija se transformó en asombro, ante sus ojos surgía nuevamente una ventana que me permitiría, aún convaleciente, trabajo remunerado por unos meses y la oportunidad de volver a los procesos de capacitación que tanto me apasionan. En pocas palabras, mi nuevo trabajo me fascinaba.

Me entregaron el material para realizar las visitas, notificar y capacitar. Eran cincuenta personas a las que buscaría en esa sección.

Como en toda comunidad pequeña, todos tenían interés por saber a qué personas buscaba, los insaculados me pedían que les mostrara la lista y en repetidas ocasiones exclamaban: “¿Cómo, a poco también Chuy y Claudio?”y añadían: “¡De seguro están equivocados!”.

¡La duda!, esa pequeña lagartija verde, que de repente aparece en las paredes, persistente, vaga y activa, me hacía imaginar miles de cosas, me hacía titubear, pues ya había hecho varias visitas y a ese par nunca lo encontraba. Que se fueron al cerro por unos animales, que estaban moliendo pastura, o de plano, no sabían en dónde diablos se encontraban, ¡a que muchachos tan desbalagados!

Una mañana me hice el firme propósito de buscarlos y encontrarlos a como diera lugar. Llegué a la comunidad tempranito y como a eso de las cuatro de la tarde, apareció una camioneta repleta de pastura, encima de los costales estaban juntitos los dos, sudorosos.

Me presenté como capacitador y les expliqué la razón de mi visita. Chuy era un joven que estrenaba su credencial en este 2015, se veía distraído, algo cansado, decidido, muy empeñoso, formal, me dijo que quería participar. Para mí, en ese momento, era un muchacho como cualquier otro.

Claudio, de unos 25 años de edad, delgado, sereno, tatuado de pies a cabeza. Asomaba una lagrimita de tinta en su ojo derecho. A la hora de invitarlo a participar me comentó que sí quería pero que se consideraba inadecuado por su aspecto. Yo traté de convencerlo diciéndole que si era seleccionado no era por la cantidad de tinta que había en su piel si no porque se había realizado un sorteo lo que era prueba fehaciente de que la selección era imparcial. Después de mi comentario aceptó, aunque con cierto recelo.

Pasaron los días, yo acudí al segundo curso en plenos días santos y me entregaron los nombramientos de quienes serían funcionarios de casilla. Al entregarlos, los ilocalizables resultaron como escrutadores, estaban muy contentos. Pero a los otros siete la noticia no les agradaba del todo. De hecho, uno de ellos no aceptó el cargo por “razones laborales”.

Recién iniciaba la primavera, temporada en que la mayoría de las vacas dan a luz, todos los rancheros tenían puestas su esperanza y oraciones para que se lograran los becerros y no murieran sus vacas. Los pobres no dormían y medio

comían por velar los partos o por festejar la obtención de una nueva cabeza de ganado.

El futuro presidente de casilla, quien en repetidas ocasiones hacía alarde de su amplia experiencia en procesos electorales, me cuestionaba airadamente el por qué habían elegido a “ese par”, sin aportar argumentos válidos que impidieran su participación:

–Es que Claudito fue pandillero en Los Ángeles, abusó de las drogas y está bien “tatuao”. ¿Qué seriedad le puede dar a la jornada una persona como él? –Y añadía– y Chuy, este... ¡Mejor ni tocar el tema!

Los demás expresaban frases y refranes como:

–Si se lo dice el que va a ser presidente es porque tiene razón.

–Nosotros sabemos bien las joyitas que tenemos.

–Entienda de una buena vez, si el río suena es porque agua lleva.

–Si la burra es parda es porque tengo los pelos en la mano.

A pesar de su inconformidad, yo entregué los nombramientos restantes y materiales didácticos, y cité a los funcionarios a capacitación para el siguiente jueves.

A la primera reunión acudieron todos, menos el presidente. Claudio asistió vistiendo, en pleno calorón, una camisa de manga larga de franela, estampada con cuadritos colorados, que le quedaba rabona, como a tres cuartos del brazo, cambió su bermuda amarilla por un pantalón de lana y remató con una texana de fieltro negro. Hizo ese sacrificio con la intención de cubrir la mayoría de los tatuajes y se disculpó por no haberlo conseguido al cien por ciento. Chuy llegó tardísimo, lo abandonó su hermano en el cerro y se tuvo que regresar a pie. Los demás se limitaban a murmurar, poco participaban. Les propuse una segunda sesión, rescaté lo más importante que les expuse y les pedí que leyeran sus libros. A pesar del esfuerzo, regresé a casa con la amarga sensación de no haber avanzado.

La siguiente reunión que tuve con ellos fue más dinámica, asistieron seis de los ocho, el presidente no fue, tampoco Chuy.

Claudio, venciendo sus complejos, luciendo sus tatuajes con mucha naturalidad, dejó surgir sus pensamientos y dudas. Sus palabras fluían como la tinta en su cuerpo. Sin duda llegó con conocimiento del tema y el cuchicheo cesó, todos reconocimos el esfuerzo y la dedicación de él.

Al terminar, busqué al presidente, que por segunda ocasión había faltado. Lo encontré sentadito en la banqueta, se disculpó, jurando y perjurando: “Eso no volverá a pasar, téngame fe, que en mí encuentra seriedad y experiencia”.

Chuy estaba en su casa, muy demacrado, no me escuchaba. Un ojo, el izquierdo, miraba al frente traspasándome el pecho, el otro presentaba estrabismo, daba la impresión de que le giraba de manera vertical como las máquinas tragamonedas del casino. Sentí miedo, existía un problema en él que nadie se atrevía a revelar, ¿sería porque era el hermano del delegado municipal o porque lo que pasaba en el rancho en el rancho se quedaba?

En el primer simulacro, los funcionarios, de manera discreta, me informaban de la situación de Chuy:

—Este muchacho desde chiquito jugaba a los balazos y se aventaba desde las azoteas haciéndose el muertito.

—Cuando se pone malo es agresivo, rompe o quema todo, termina con ataques epilépticos.

—Lleva meses controlado, pero la verdad, cuando se le pone presión, parece perro del mal.

—No aprende, todo se le olvida.

—Yo se lo digo por su bien, que otro sea escrutador —insistía nuevamente el presidente.

Chuy no asistió, fui nuevamente a su casa exigiéndole que tomara en serio los eventos de formación, le dije que ya sabía que estaba enfermo que si por su salud no podía asistir, le diera oportunidad a otra persona de ocupar el lugar.

Me miró fijamente y me contestó que esforzándose podía asumir el papel de escrutador, que era una oportunidad de trabajo bien remunerado que en ningún lado le habrían ofrecido, dada su condición.

Él tenía razón, ser esquizofrénico no era motivo suficiente para pedirle su renuncia. Sin embargo, exigía de mí algo que nunca había tratado de hacer en mi vida: enseñar a una persona con discapacidad como Chuy.

Si se me otorgó la oportunidad de trabajar estando incapacitado, moralmente tenía el compromiso de formar con calidez y calidad a los funcionarios de casilla de esa sección.

Ese Chuy valía por diez, cualquier grito, chillido, chiflido, mugido o mosco hacía que perdiera la secuencia de lo que estábamos estudiando. Fue necesario explicarle de manera pormenorizada, repetitiva, con todos los elementos que me facilitaron y otros tantos que me tuve que inventar durante varias sesiones.

El material de simulacro fue la clave del éxito, era atractivo, suficiente, muy similar al que se usaría en la jornada, sobre todo la agenda (documento que contiene información relativa a elecciones) y las boletas que nos facilitó el IEPC. Además, el cuadernillo de operaciones fijaba el protocolo a seguir en el proceso de escrutinio y cómputo.

Fui cauteloso, procurando que Chuy no cayera en un estado depresivo o de alteración.

¿De dónde habré sacado tanta paciencia?, llegué a sentirme abrumado, como cuando mi hijita me exigía ver juntito a ella la misma película una y otra vez en el DVD, *Buscando a Nemo*, si se apiadaba de mí, cambiaba a *La era de hielo 2*, de esas dos nunca salía.

Pasaron los días, para el último simulacro ya había capacitado individualmente al escrutador suplente y al escurridizo presidente que me hacían falta. Chuy ya

sabía de memoria el qué, cómo, cuándo, dónde, con quién y para qué iba a realizar cada actividad. Los demás funcionarios, al ver el esfuerzo y el empeño de él, se motivaron para prepararse mejor.

El día de la jornada electoral, el desempeño de todas las figuras fue óptimo, a excepción del presidente que, pese a su “amplia experiencia”, llegó tarde, cometió injusticias y entorpeció el trabajo de los demás funcionarios al tomar decisiones incorrectas, como intentar permitirle a su amigazo que votara sin aparecer en el listado nominal, o negarle el acceso a un representante del PRD acreditado en la casilla, por haber llegado una hora tarde. Si no fuera porque los demás estudiaron a conciencia y frenaron sus estúpidas decisiones, esta casilla habría sido impugnada.

El presidente, dando las seis de la tarde, dio por concluida la votación, era la hora de hacer escrutinio y cómputo. Chuy se situó de un reparo junto a la segunda secretaria como si fuera su chambelán, estaba impaciente. Fue necesario recordarle que mientras ella cancelaba las boletas sobrantes él tenía que trabajar con los votos de las urnas. Separó los válidos, los nulos y posteriormente los dividió por partido político sobre el mantelito. Comenzó a contar los del PAN, luego los del PRI y fue ahí donde se sintió sumamente presionado, no pasaba del número ocho y comenzó a comportarse extraño, se rascaba la cabeza, murmuraba frases sin sentido y presentaba ese brinco de ojo que presagiaba un macabro desenlace, me hizo sudar frío. La jornada había sido intensa y muy larga. El primer escrutador, al percatarse de esto, concluyó el cómputo por él.

Opté por pedirle al presidente que le encomendara otras actividades que lo alejaran de la tensión. Más sereno y con ayuda de sus medicamentos, se encargó de desarmar la mampara, recoger las urnas, pegar los carteles de resultados de la votación, dar acomodo al material sobrante, sellar las cajas del paquete electoral con cinta, firmar todas las actas y verificar que nadie faltara de hacerlo.

Al cierre de la casilla todo había concluido en relativa santa paz, los paquetes correctamente integrados los trasladaría a las oficinas del INE y del IEPC. El presidente fue recriminado por sus compañeros por su mal desempeño.

Considero que en esta ocasión al menos Chuy y Claudio demostraron que a pesar de sus limitaciones, antecedentes y los prejuicios que tenía la comunidad sobre ellos, son gente de valor, dedicación y entrega.

La labor de capacitación exigió de mí mucho más de lo que me imaginé dar, siendo honesto, eso me agradó, me hizo crecer como docente y demostrarle a mi hija adolescente que las cosas pasan cuando uno se esfuerza para que sucedan.

Autor: Juan Manuel del Campo Aceves

Seudónimo Arnis Lucas